

se manifestará suficientemente para evitar el desprecio de los judíos carnales; el resplandor de su ministerio será manifiesto al corazón humilde é inocente; con la oscuridad de su ministerio cegará la soberbia y la incredulidad; mezclará con él tinieblas para recompensar la fe de los que han de creer, y la suficiente luz para castigar la incredulidad de los que se han de negar á creerle.

¿De dónde, pues, proviene, católicos, una conducta tan extraordinaria? ¿Por qué despues de haberse Dios ocultado por tantos siglos, se manifiesta por último á los hombres de modo que no le conozcan? ¿Por qué no vendría con toda su gloria si queria salvarnos manifestándose á nosotros? Dejemos por ahora las razones que tuvo para ocultar su ministerio, por no ser de nuestro asunto; las que nos hacen al caso son primeramente, porque queria enseñarnos á los que estamos encargados de la distribución de su Evangelio, á no mudar cosa alguna de las órdenes de Dios en las funciones de nuestro ministerio, con pretexto de atraer mas fácilmente á su palabra los votos de los hombres; á no creer que Dios es mas glorificado con la gloria que nos resulta á nosotros mismos; á no interesar al Señor, si es lícito decirlo así, en nuestra propia causa, y para que no nos persuadamos á que ha unido el feliz suceso del Evangelio á los aplausos que recibe de nuestra boca. Las contradicciones que padece el ministro son las mas veces toda la gloria y toda la felicidad de su ministerio. Declaremos las verdades que nos ha confiado la Iglesia, no mezclemos con ellas nuestras opiniones ni nuestros propios discursos; plantemos, reguemos y dejemos al Señor que dé el incremento: su palabra nunca se volverá á él vacía, y será siempre ó condenacion para el incrédulo ó consuelo para el fiel.

En segundo lugar. Quería enseñarnos, católicos, que

nunca deben los juicios humanos decidir en orden á nuestras obligaciones, que en lo que mira al servicio de Dios no debemos atender á lo que el mundo aprueba, sino á lo que Dios nos pide; que las censuras y las burlas son siempre la recompensa de la verdadera piedad; que no es posible agradar á los hombres y ser siervo de Jesucristo; que el celo que quisiera ganar para la virtud los votos públicos, no sería mas que una soberbia disfrazada que los pretenderia para sí misma; que toda la seguridad de los justos en la tierra consiste en la injusticia que con ellos usa el mundo; que el desprecio es el asilo mas seguro de su virtud; que no es este el tiempo de su manifestacion y que no tendrán derecho de manifestarse hasta que parezcan con Jesucristo en su gloria.

No obstante, si bien lo reflexionamos, por mas justos que seamos siempre contamos mucho con los hombres; casi no vivimos sino para nosotros, nos interesa poco lo que somos á nuestra vista y á la vista de Dios; solo parece que nos mueve y ocupa lo que somos á la vista de los hombres; y cuidando poco de nuestra perfeccion, todo nuestro cuidado se reduce á enriquecer esta idea quimérica de nosotros mismos que existe en el espíritu de los demás, por lo que nunca nos sucede el preguntarnos á nosotros mismos lo que en la realidad somos, sino que continuamente estamos preguntando qué piensan los demás de nosotros. De este modo todo nuestra vida es imaginaria y fantástica; aun el error que hace que nos tengamos por lo que no somos, lisonjea nuestra soberbia; nos dejamos llevar de las alabanzas que desconoce nuestro mismo corazón, tenemos por honor el engaño del público, y mas nos ensalzamos con el error que nos atribuye falsas virtudes, que lo que nos humillamos con la verdad que nos hace conocer nuestros defectos y nuestras verdaderas miserias.

El último carácter de la soberbia es aquella ficción de la vanidad que busca la fama aun en el mismo humillarse, que solo parece se abate á vista de los hombres para que éstos con sus aplausos la ensalcen mucho mas de lo que se habia humillado. Y á la verdad, católicos, que casi no hay humildad sincera; no nos ocultamos sino para ser mas conocidos, no huimos de la gloria sino para que la gloria nos siga; no renunciamos los honores sino para ser honrados, no sufrimos los desprecios sino cuando nos resulta gloria de ser despreciados. La soberbia tiene mil arbitrios imperceptibles aun á nosotros mismos, y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario que solo se ordene á la humildad.

Este, pues, es el escollo que nos enseña á evitar el Verbo anonadándose en este misterio. Revístese de la semejanza del pecado, pero para sufrir toda su vergüenza; se carga de nuestras iniquidades, pero para ser la víctima que satisfaga por ellas; quiere ser tenido por un samaritano y por un enemigo de la ley, pero para ser castigado como un engañador; se oculta cuando quieren reconocerle por rey, pero es para morir como un esclavo. Los mas vergonzosos ultrajes son la recompensa de sus abatimientos; los hombres le desconocerán hasta el fin y morirá con todo el mérito de su humildad.

Pero nosotros, católicos, si sufrimos con paciencia la calumnia es porque prevemos que la verdad la ha de confundir y que ha de ceder en gloria nuestra; nos agradan las obras de humildad porque no da lugar nuestra clase á que se ignore que nos humillamos; nos gustan los oprobios leves en que nuestra vanidad ve pronto el remedio, y aun las almas mas fieles necesitan de algun otro atractivo que les suavice el desprecio mas que el gusto de ser desprecia-

das; perdonamos, pero dando á conocer que somos los ofendidos y que cedemos de nuestro derecho; nos adelantamos á reconciliarnos, pero no nos disgusta el que se sepa que solamente la piedad ha tenido parte en esta accion; hablamos bien de los que nos infaman, pero es por quitar todo el crédito á sus calumnias. Finalmente, es cosa difícil el no buscarse á sí mismo, y mucho mas en el abatimiento que en la elevacion, porque cuanto mas parece que el hombre se olvida de sí, tanto mas cuida la soberbia de hacer que se busque á sí mismo.

Avergoncémonos, pues, de nuestra flaqueza, católicos; miremos con frecuencia á nuestro ejemplar, adoremos las primeras disposiciones del alma santa del Verbo encarnado en sus nuevos abatimientos; pensemos alguna vez en que la soberbia es casi nuestro único delito, y que si pudiéramos olvidarnos absolutamente de nosotros mismos, estaríamos libres de mil manchas secretas que no conocemos y que apartan á Dios de nuestro corazon; reprendámonos continuamente este monstruoso conjunto de nuestras miserias con nuestras vanidades, este principio de corrupcion que sentimos en nosotros mismos, con estos deseos de gloria que tienen parte en nuestras obras; aquella ley de la carne que nos humilla, con aquellos pensamientos de elevacion que nos ensoberbecen. En una palabra, lo que somos con lo que quisiéramos parecer. Visto ya que despues del abatimiento de un Dios no hay cosa mas injusta para el hombre que el quererse ensalzar, escuchad ahora cómo despues que un Dios anonadado se cargó de nuestros dolores y enfermedades, no hay cosa mas vergonzosa para el hombre que el buscar una vida descansada y feliz en la tierra.

## SEGUNDA PARTE.

El hombre en el estado de la inocencia debiera pasar una vida feliz y tranquila; la tierra solo habia recibido su fecundidad para proveer á sus castas delicias, sus destinos no estaban destinados mas que á conducirlo á la conservacion de su ser con impresiones suaves y agradables, todas las criaturas debian servir á su felicidad, pues en la mente de su autor todas habian sido destinadas para su uso, y bajo el dominio de un Dios justo nada podia hacerle desgraciado, ni turbar sus placeres mientras conservase su inocencia; pero el hombre pecador nació para padecer, todos los deleites de la vida están negados á un pecador que ni aun vivir merece; el dolor es el natural estado del desorden, y es injusticia el que sirvan las criaturas á un infeliz que abusa de ellas y que se ha rebelado contra el Soberano cuyas son.

Con todo eso, todavía es el deleite la pasion dominante de este hombre pecador; á pesar de su trasgresion quiere vivir feliz, y la culpa por la cual perdió el derecho y la esperanza no le quitó el deseo; los trabajos que han venido á ser la pena inseparable de su delito, no acaban de ser libre eleccion de su amor; y aunque condenado á padecer, nunca ha podido amar los trabajos: era preciso, pues, que un grande ejemplo le hiciese amable lo que le era necesario, y que un Dios lo padeciese todo por salvar al hombre, para que el hombre aprendiese y amase el padecer para aplacar á su Dios.

Por esto el ministerio del Verbo encarnado es un ministerio de cruz y de trabajos; desde el primer instante de su

union con nuestra naturaleza en el seno de María, renunció al gusto sensible de que pudiera gozar, dice el apóstol, y abraza la cruz que le presenta la justicia de su Padre; desde entonces como víctima de nuestros pecados, pone su sagrada cabeza bajo la vara de la indignacion divina, y siente los primeros golpes de la severidad debida al hombre pecador; pero aun le esperan mas verdaderos rigores al salir de aquella humilde morada; apenas se abrirán sus ojos á la luz cuando ya se verán correr sus preciosas lágrimas; con la edad irán creciendo sus trabajos, el hambre, la sed, el cansancio, que son las penas de nuestro pecado, serán el ejercicio de su amor; solo anunciará cruces y tribulaciones, no prometerá su reino sino á la violencia, maldecirá á los placeres, no llamará bienaventurados sino á los que padecen, y temiendo que en lo sucesivo los hombres, que siempre son ingeniosos para suavizar su cruz, diesen á sus máximas interpretaciones favorables á su amor propio, espirará entre los brazos del dolor, y su doctrina no será mas que la relacion de sus ejemplos.

Digo, pues, que desde que el Verbo encarnó para manifestarnos el camino del cielo y satisfacer por nosotros á la divina justicia, vino á pasar en la tierra una vida triste y penosa; luego ya no puede el cristiano vivir á gusto de sus sentidos ni prometerse el llegar á la eterna salud por caminos suaves y fáciles. A la verdad, despues que por este misterio se hizo Cristo nueva cabeza de un pueblo santo y origen de una nueva vida, no podemos aspirar á la salvacion sino como miembros de Cristo, esto es, como haciendo parte de este cuerpo místico que vino á formar en la tierra, porque solo éste penetrará los cielos, dice el apóstol, y entrará con su cabeza y su pontífice en el verdadero santuario. Esto supuesto, católicos, ¿en qué consiste el ser

miembro de Cristo? Consiste en estar animado de su espíritu, en vivir con su vida y obrar por los mismos fines; consiste en no formar interiormente mas que sus santos deseos y pensamientos: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*<sup>1</sup> En una palabra, consiste en seguir el destino de la cabeza y conformarse con ella, morir á todo con ella, ser crucificado con ella, y no buscar, como ella no buscó, el consuelo de este mundo.

Ahora, pues, os pregunto, señores: el pasar toda la vida en unas costumbres tibias y sensuales, entregarse continuamente á todos sus gustos con tal que en ellos no haya pecado grave, no ocuparse en otra cosa mas que en desenfadarse de las molestias de la vida mundana con la variedad de los placeres y de los espectáculos agradables á los sentidos, y pasar tranquilamente los dias sin mas cuidados que los que nacen de la misma ociosidad y abundancia, ¿es esto ser miembros de Jesucristo y vivir animados de su espíritu? ¿Qué tiene de comun el espíritu de Jesucristo con esta prudencia de la carne, que solo es ingeniosa para disculpar en sí misma la corrupcion de las costumbres, para condenar la obligacion de padecer como una invencion humana y una ley injusta, que reduce todas las máximas del Evangelio á no ser impío, ladron, fornicario ni adúltero, que confunde la naturaleza con la gracia, y mira á la cruz de Jesucristo como un objeto ajeno de la fe y de la piedad?

No hablaron de este modo, católicos, á nuestros primeros padres aquellos hombres apostólicos que vinieron los primeros á anunciar á Jesucristo: *Non ita didicistis Christum.*<sup>2</sup> El espíritu de Cristo es un santo deseo de padecer,

<sup>1</sup> Philip. 2, v. 5.

<sup>2</sup> Ephes. 4, v. 20.

un continuo cuidado en mortificar el amor propio, en quebrantar su voluntad, en reprimir sus deseos y en prohibir á sus sentidos las inútiles mitigaciones. Esta es la realidad del cristianismo y el alma de la piedad; si no teneis este espíritu no sois de Cristo, dice el apóstol; aunque no seais del número de aquellos impúdicos y sacrílegos que no tendrán parte en su reino, no por eso sois menos extraños de él; vuestros pensamientos no son los suyos, aun vivís sujetos á la naturaleza, no perteneceis á la gracia del Salvador; perecereis, pues, porque en él solo puso el Padre, dice el apóstol, la salud de todos nosotros.

No falta quien se queje algunas veces de que hacemos á la piedad áspera é impracticable, prohibiendo mil placeres que autoriza el mundo. ¿Pero qué es lo que os decimos, católicos? Permitíos todos los placeres que se permitió el mismo Cristo, la fe no os permite otros; mezclad con la piedad todas las mitigaciones que el mismo Jesucristo mezcló con ella, el Evangelio no condesciende con mas: seguid todas las costumbres que pudo seguir el mismo Jesucristo; la religion no tiene otra regla: es verdad que no todo lo que no es expresion de las costumbres de Cristo, ni impresion del espíritu de Cristo, es siempre obra que da la muerte; pero tampoco podrá ser obra de vida, y por lo menos siempre es un proceder ajeno de sus miembros y del que les será preciso dar cuenta.

Este, católicos, es el fundamento de toda la piedad. Este el Evangelio, tanto del cortesano como del solitario, tanto del príncipe como del pueblo. Este es el principal origen de las reglas de las costumbres, al que es preciso que llegue el que quiera hallar el punto fijo, que resuelve todas las dificultades que nos proponeis continuamente para autorizar todos los abusos de la vida mundana; vuestra con-

formidad con Jesucristo es la que debe decir si vuestro estado es cristiano ó profano, inocente ó pecaminoso: cualquiera otra regla es falsa para vosotros, porque solo Jesucristo es vuestro camino. Los usos, las mudanzas de las costumbres y de los siglos, las opiniones de los hombres nada mudan de esta regla, pues Jesucristo ayer, hoy y siempre será el mismo. ¡Oh Dios mio, y cómo quedarán arruinadas algun dia las decisiones del mundo en orden á nuestras obligaciones! Y como se verá mudar el nombre á la probidad y regularidad mundana, que acá en la tierra asegura á tantas almas engañadas con una apariencia de virtud, cuando se las compare con Jesucristo crucificado, allí se buscará su semejanza y se las juzgará segun este modelo.

Es verdad, católicos, que tenemos el consuelo de que al mismo tiempo que Jesucristo nos impone una ley, por solo el carácter de su ministerio, de violentarnos y abandonarlo todo, al mismo tiempo nos hace amable la cruz con que nos carga. El padecer es para nosotros una suerte inevitable en la tierra; pero sin él hubiera tenido el hombre que padecer sin consuelo y sin mérito: viene, pues, á suavizar y santificar nuestros trabajos, y en vez de imponerlos un nuevo yugo, viene á hacer suave y ligero aquel bajo el cual habian gemido nuestros padres tantos siglos.

Primeramente, su ejemplo quita á los trabajos todo su abatimiento y desprecio; es felicidad el padecer despues que él padeció, es cosa gloriosa el seguir sus pasos: Jesucristo lloró; las lágrimas, pues, deben servir de honor á sus discípulos. Jesucristo padeció hambre y sed; luego los santos rigores de la abstinencia consagran los cuerpos de los fieles. Jesucristo fué humillado, calumniado, despreciado; luego los santos abatimientos de los discípulos de la cruz

son para ellos títulos de honor, y hay ignominias padecidas por la justicia, que son mas gloriosas aún para con el mundo que toda la gloria del mismo mundo.

En segundo lugar. La suavidad de su gracia mitiga la amargura de la violencia y de la propia abnegacion: convengo en que el negarse continuamente á sí mismo, disputarse todo cuanto agrada, reglar con la ley rigurosa del espíritu los mas inocentes deseos de la carne, ser naturalmente vano, magnífico, presuntuoso, y reducirse á una modestia simple y cristiana; amar el gusto de los placeres, los deleites de la sociedad y de las conversaciones, y contener la viveza de estas inclinaciones en el silencio, en la oracion y en el retiro; haber recibido de la naturaleza un génio inclinado á la ociosidad y negligencia, enemigo de violentarse, excesivamente amante de sí mismo, y sujetar una carne que resiste al yugo y á las obligaciones mas penosas y tristes; convengo, vuelvo á decir, que este estado es trabajoso, y que este estado de violencia, si no estuviera mezclado con alguna suavidad, cansaria presto á la flaqueza del hombre.

Pero no está en los sentidos el origen de los verdaderos placeres, sino en el corazon; á éste, pues, aplica Jesucristo el remedio y la suavidad de su gracia. Cuando en lo exterior todo le parece á la alma fiel triste, molesto y doloroso, un consolador invisible recompensa estas amarguras con unas delicias que jamás gustó el corazon del hombre carnal, y le dice continuamente en lo interior de su alma, como decia en otro tiempo el padre de Samuel á su esposa afligida: ¿Por qué os dejais abatir de unos males que solo son aparentes? Reprimid vuestros suspiros y enjugad vuestras lágrimas; ¿no puedo yo solo ocupar en vuestro corazon el lugar de todo lo que os falta? ¿el amor que os tengo